



A MODO DE CONCLUSIÓN

por Ana Jaramillo

El esfuerzo colectivo que significó realizar el *Atlas Histórico de América Latina y el Caribe*, responde a la necesidad de reconocernos como latinoamericanos a fin de colaborar en el proceso de la descolonización cultural.

Sostiene el colombiano Germán Arciniegas en su libro *Este pueblo de América*, que la cultura es algo que debe crecer y por eso debemos pensar en el

árbol de la vida, en el árbol de la ciencia, en el árbol del buque velero, en el árbol de la familia y hasta en el árbol del bien y del mal... La cultura es algo que tiene raíz, historia, pasado y promesa (Arciniegas, 1974).

Deberíamos responder también a su interrogante sobre «¿Qué haremos con la historia?» si queremos seguir construyendo el destino o el porvenir del continente.

Para el mexicano Jaime Torres Bodet, director de UNESCO, la Declaración de los Derechos del Hombre es el texto internacional más rico en promesas que hayan suscripto desde 1945 los gobiernos; sin embargo, el complejo colonialismo continúa actuando siglos después de ganada la guerra de la Independencia...

... queda la escoria, el espíritu acomplejado de quienes tratan de volver a un planteamiento colonial que coloque bajo cualquier denominación europea al hombre americano la oposición está entre el espíritu libre y la cultura servil. Entre el desenvolvimiento de la propia personalidad y el buscar en la propia tierra la extensión de otras culturas (Arciniegas, 1974).

A pocos meses de conmemorar la Declaración de Independencia de 1816 en la Argentina, quisimos reconocernos y mostrar ese árbol latinoamericano, nuestras raíces, nuestra historia, las promesas cumplidas y las que nos quedan por cumplir, dónde estamos, cómo somos y cómo estamos para seguir recorriendo el camino de la libertad.

Nuestra lengua castellana es una de las pocas que diferencian el *estar* del *ser*. El pensamiento popular en la filosofía americana sigue siendo germinal y es un pensamiento moral que a diferencia del pensamiento culto occidental y su racionalismo que «piensa y luego existe», en la cultura popular latinoamericana, se existe y luego se piensa. Piensa desde su existencia, desde la emocionalidad, como creador, como los verdaderos filósofos, poetas o músicos. También el pensar popular trastoca la supuesta esencialidad ontológica del ser por el gerundio de estar siendo para convertirse definitivamente en un ser cuya identidad sigue en construcción.

El lenguaje de la racionalidad y de la ciencia que delimita objetos, no da cuenta de nuestra existencia con su lógica matematizada, ya que el sentido no se mide ni calcula. Para Rodolfo Kusch el pensar popular apunta a ver significados: «De ahí entonces el predominio del pensar moral. Los valores son formas extremas que concretan ese estilo de pensar» (Kusch, 2008).

Por eso, sostuvimos que no podíamos ni queríamos ser neutrales al contar cómo somos, quiénes somos, cómo estamos en nuestro crecimiento y cuáles son nuestros ideales. Debemos explicar y explicarnos los caminos tortuosos transitados para crecer como el árbol, desde la primera batalla de la independencia hace



doscientos años. Pero como en cualquier cultura o cultivo se siembra, se cuida y se espera hasta que florezca.

Sabemos, como nos enseña Kusch (2008), la diferencia entre el conocer y el pensar. Si queremos conocer es para vivir y no por el hecho de conocer. El desarraigo del pensar culto, al decir del filósofo argentino, es que es un pensar sin realidad, está montado para no poderse confesar un «esto creo». Y en nuestra forma de vida americana, lo importante no parece ser la no contradicción de la lógica, sino las creencias y valores que cargan de sentido el mundo frente al juego de abstracciones en la búsqueda de verdades, eternas y universales. En nuestro horizonte simbólico es donde podremos concretar nuestro proyecto existencial de ser libres. Por último, como toda filosofía práctica, el problema es la consciencia crítica que nos demanda pensar ¿por qué la realidad es así si puede ser de otra manera?

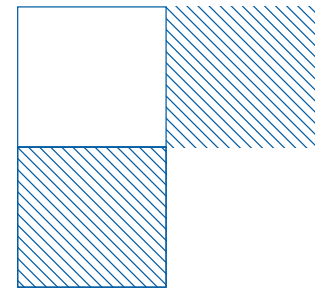
Volviendo a la pregunta de Arciniegas «¿Qué haremos con la historia?» creemos que si el problema del hombre es la libertad y su historia transcurre como lucha por conquistarla, debemos narrar la historia de nuestro pueblo de América desde acá para colaborar a través de la educación con la realización de su libertad aún inconclusa, después de doscientos años de haber conquistado la independencia política.

LO NO TODAVÍA: UTOPIA Y EDUCACIÓN

Si bien cuando despertamos y vemos lo que está sucediendo en Nuestra América, la embestida neoliberal que pretende una restauración conservadora eliminando los derechos alcanzados, los docentes seguiremos batallando por un mundo mejor, razón por la cual seguiremos enseñando desde acá, desde nuestra Patria Grande, a construir y reconstruir. Por eso llevaremos nuestro *Atlas* a las aulas.

Porque no puedo imaginarme un docente que no tenga la utopía en su mochila. Un docente tiene como misión forjar hombres y mujeres para el futuro. Está siempre intentando forjar nuevos hombres y mujeres para un mundo nuevo y mejor. Como el escultor con su arcilla, que no ve solo su material, sino la obra de arte que está creando, el docente no ve solo a un niño o a un joven; prefigura la persona que está moldeando, prefigura el mundo para el cual lo prepara a pesar de que todos los días, la vida y las razones le quieran demostrar que ese mundo no tendrá lugar, que es ese ningún lugar que llamamos *utopía*...

Tampoco puedo imaginarme un joven estudiante que no quiera cambiar el mundo. Cuando llega a la universidad está buscando la caja de herramientas para ponerse a trabajar en sus sueños, para transformarlos en realidad. Llega con sus pasiones e incertidumbres, con sus deseos, sus miedos y sus esperanzas en la mochila. Ellos deben saber que las utopías no son *ucronías*, son lo no todavía, al decir de Ernst Bloch. Que la civilización milenaria se construyó con los sueños de otros. Que las herramientas se usan para trabajar. Que no se puede usar un destornillador para cortar ni una tijera para destornillar. Por eso hay que trabajar juntos, seleccionando pacientemente las herramientas para trabajar con nosotros mismos y construir nuestro nuevo mundo, que en algún lugar y en algún momento puede tener *topos*.



“Nuestros sueños sobreviven a nuestros despertares”.

E. Cioran.



LA TRAGEDIA EDUCATIVA Y LA UTOPIA DEL DOCENTE

El docente vive permanentemente la tragedia de las necesidades de su país y su gente, vive en las entrañas de su sociedad. Sabe que el Parlamento no destina, como quería Saint Simon hace ya más de dos siglos, «la suma necesaria para mantener, mejorar y multiplicar los establecimientos educativos ni para recompensar pecuniariamente a los hombres que harán descubrimientos útiles a las ciencias las artes y la industria». Lo agobia día a día el cansancio, la desesperanza y la frustración, pero pone cotidianamente en marcha su práctica prometeica, su pasión.

Es el sujeto pasional que se debate frente al sujeto político o socioeconómico. El que entra al aula para construir un nuevo mundo cada día en cada estudiante. Condena todos los días con su trabajo, su gesto y su palabra la injusticia reinante y educa para la libertad. Es el mayor activista de los sueños utópicos. El que día a día vuelve a empezar a transformarlos en realidad. Su epopeya incluye la esperanza en la hazaña prometeica de recrear el mundo. Si no creyera, no estaría en condiciones de pararse frente al aula. La esperanza y la pasión son inherentes a la labor docente. Se vuelven a encender cada vez que empieza a trabajar.

Para Starobinski, prologuista de la *Anatomía de la melancolía* de Burton, la relación entre utopía y melancolía es doble: por una parte, en relación con el objeto (el Estado) y por otro, relativo a la personalidad del utopista. Por una parte el desorden, la violencia, la usurpación generalizada del poder y la riqueza, la diatriba y procesos que afligen a los Estados se comparan con un desorden melancólico que turba el temperamento del cuerpo social. La analogía atribuye al macrocosmos político, las afecciones del microcosmos individual. Es importante oponerles el modelo de una sociedad sanamente constituida, ya sea como remedio o como criterio que justifique su condena.

La mirada melancólica es la que percibe el desorden universal, puesto que tiene una superioridad perspicaz. En este sentido, la utopía no será solamente un proyecto destinado a cambiar la faz del mundo, sino una empresa autoterapéutica. El orden utópico aparece como el inverso subjetivo más que el contrario objetivo. La misma insatisfacción de la melancolía primero constatando el desorden y posteriormente imaginando ficticiamente su reparación.

Melancólicos o no, los docentes deben librar cotidianamente las «dos Batallas de Leopoldo Marechal», la «terrestre» y la «celeste» o sea, la batalla por las ideas, por los ideales, al mismo tiempo que sufren y combaten día a día la injusticia en la cual se ven envueltos, ya que son quienes viven más comprometidos con las entrañas de la sociedad. Y en una sociedad como la nuestra, compleja en su organización moral e intelectual como decía Durkheim, no podemos quedarnos con los resultados morales adquiridos, es necesario conquistar otros. Es necesario que el maestro «se abstenga de transmitirles el evangelio moral de sus mayores como una especie de libro cerrado desde largo tiempo, que excite en ellos, por el contrario, el deseo de añadirles algunas líneas...».

No en vano Durkheim sostiene la importancia primordial del papel que le corresponde a la escuela en la formación moral del país. La patria para él obtiene su valor moral por ser la aproximación más alta posible de aquella sociedad humana, actualmente irrealizada y quizás irrealizable, que constituye el límite ideal al cual procuramos acercarnos indefinidamente. Los docentes serán entonces a quienes la sociedad toda delega a sus hijos para ensanchar las fronteras de la moralidad.

Es el trabajador-creador primordial de la sociedad del futuro que trabaja en un mundo donde se aflojaron las relaciones éticas, como sostiene Freud, y ello produce «angustia social». En ese momento recordaremos a Marechal cuando sostenía: «nuestras almas son como balones de fútbol que futbolistas de camiseta negra y futbolistas de camiseta blanca intentan patear hacia dos arcos opuestos: lo esencial es distinguir cuál es el arco de la luz y cuál el de la sombra», para acompañar a los jóvenes hacia el país que deseamos todos, ellos y nosotros. Por eso es un taller del alma nacional.

HISTORIA Y UTOPIA

Si bien Cioran sostiene que para ser utopista o concebir una verdadera utopía hace falta una dosis de ingenuidad o de tontería, a su vez es un crítico acérrimo del pensamiento utópico por falaz, sostiene que: «desde el principio se distingue el papel (fecundo o funesto, no importa) que desempeña, en el origen de los acontecimientos, no la felicidad, sino la idea de felicidad, idea que explica por qué, ya que la edad de hierro es co-extensiva de la historia, cada época se dedica a divagar sobre la edad de oro».

Continúa diciendo: «Solo actuamos bajo la fascinación de lo imposible: esto significa que una sociedad incapaz de dar a luz una utopía y de abocarse a ella, está amenazada de esclerosis y de ruina. La sensatez, a la que nada fascina, recomienda la felicidad dada, existente; el hombre la rechaza y ese mero rechazo hace de él un animal histórico, es decir, un aficionado a la felicidad imaginada».

«La miseria es la gran auxiliar del utopista, la materia sobre la cual trabaja, la sustancia con la que nutre sus pensamientos, la providencia de sus obsesiones. Sin ella estaría desocupado». El utopista para Cioran es un «ferviente de futuro», sobre todo porque la utopía es la posibilidad de escapar de su propio presente, no soportaría su desolación sin la obsesión de otra tierra. Continúa diciendo que cuanto más desprovisto está uno, más gasta el tiempo y la energía en querer, con el pensamiento, reformarlo todo, inútilmente. Para él el delirio de los indigentes «es generador de acontecimientos, fuente de historia: una turba de enfebrecidos que quieren otro mundo, aquí abajo y para pronto. Son ellos los que inspiran las utopías, es a causa de ellos que se escriben».

Afortunadamente, como él mismo sostiene: «nuestros sueños sobreviven a nuestros despertares» y los hombres siempre los tuvieron, los tienen y los tendrán.

Decía Rodolfo Puiggrós en su investigación sobre el pensamiento utópico: «la especie humana abandonó el estado natural, y con el nacimiento de la propiedad y de la riqueza aparecieron las primeras diferencias sociales entre poseedores y desposeídos, alienta el hombre la esperanza de ver reinar una humanidad feliz, en medio de la igualdad, de la justicia y de la paz. Es, en todos los casos, hija del descontento, de la sed de igualdad que despierta la comprobación de la desigualdad imperante. Es la otra cara de la vida».



EL PENSAMIENTO UTÓPICO

A lo largo del pensamiento llamado utópico vemos distintos temas y tradiciones. Para Sargent, expresa por lo menos la frustración ante el estado del mundo tal como el deseo de una vida mejor. Para Polak, significa promover la dignidad humana, significa libertad, elección y creatividad. Desordena, porque no deja de insinuar que la sociedad en que vivimos es inapropiada y malsana. Para él, si el hombre occidental cesara de tener nuevas representaciones del porvenir, si por una atadura ciega a la seguridad y por miedo al futuro intentara detenerse en el presente, su civilización se apagaría. No hay otra opción más que soñar o morir.

Bloch concluye que la utopía penetra toda la experiencia humana, penetra vigorosa el conjunto de las actividades humanas. No hay realismo digno de ese nombre que pueda hacer abstracción de ese elemento esencial de la realidad que es la realidad inalcanzada. La utopía está inserta en el proceso histórico y tiene como tarea parir las formas y los contenidos previos en el seno de la sociedad actual, es la conciencia o el abstracto anticipatorio de lo que está bien. Sienta los fundamentos para mejorar la sociedad.

Para algunos, la utopía es la representación de una sociedad necesaria e imposible a la vez, por lo cual según Touraine esta aparece con la secularización, cuando desaparece la creencia en el paraíso perdido y en el más allá.

Sin embargo, más allá que se hayan definido algunos filósofos, sociólogos, literatos o intelectuales como utopistas (Moro, Fourier, Saint-Simon, Orwell, Campanella, Harrington, etc.), la utopía, como dice Bloch, es inherente a la existencia humana e inseparable de su historia. Para muchos de ellos, es la esperanza de hacer coincidir la acción del Estado con la voluntad de la sociedad civil. Para nosotros, finalmente, la utopía es el principio de esperanza sin el cual no es posible vivir.

En la Argentina el pensamiento utópico influyó desde un principio a nuestros pensadores, quienes tenían la tarea de construir una nación. Echeverría hacía suyas las palabras de Saint-Simon al decir: «A cada hombre según su capacidad, a cada capacidad según sus obras».

Sostenía también: «Ser grande en política no es estar a la altura de la civilización del mundo sino a la altura de las necesidades de su país». Para él había que tener un ojo clavado en el progreso y el otro en las entrañas de Nuestra sociedad, puesto que esclavizar la inteligencia de nuestra América a la inteligencia de otro pueblo sería sacrílego y estúpido. De allí nos recomienda no perdernos en abstracciones y clavar el ojo de la inteligencia en las entrañas mismas de nuestra sociedad dado que será el único modo de hacer algo útil por la patria.

EL PENSAMIENTO UTÓPICO HOY

Para Goodman, la caracterización peyorativa del pensamiento utópico hoy resulta de gran importancia para disfrazar la expresión (conservadora, que sostiene el *statu quo*): «La estructura y los hábitos, costumbres y conducta tradicionales de nuestra sociedad son absurdos, pero ya no es posible modificarlos. La menor indicación de cambio, en relación con ellos, perturba

nuestra resignación y suscita una gran ansiedad. Esto resulta cruel, puesto que las cosas resultan bastante bien tal como están».

Los utópicos, sin embargo, gozan de la reputación de no ser realistas ni resignados puesto que poseen «el nervio necesario para tratar de hacer algo (un alegre estado de ánimo). Siguen creyendo que las máquinas se inventaron para ser útiles, que el trabajo es una actividad productiva, que la política tiende al bien público y que, en general, algo es lo que puede hacerse. Estos son, en la actualidad, los ideales utópicos».

Sabemos ya que la realidad no coincide con nuestros sueños. Sabemos también, como decía León Felipe, que de aquí no se va nadie: ni el místico ni el suicida, que tendremos que librar las «dos batallas» marechalianas, la «terrestre» y la «celeste».

Algunas literaturas utópicas como Moro, Campanella, Bacon o San Agustín, ubicaban sus tierras o islas utópicas en algún mundo aún no descubierto o en alguna isla lejana. El desafío a nuestra voluntad es ampliar las fronteras reales y terrenales de nuestra idealidad. De lo que hablamos en realidad es de hacer coincidir las acciones sociales o políticas y el mundo real con el mundo moral.

Al respecto, Durkheim decía que si hay algo que la historia dejó fuera de dudas es que «la moral de cada pueblo está en relación directa con la estructura del pueblo que la practica. Y si la sociedad es el fin de la moral, ésta es también su obrera». Por eso, si los educadores tenemos como fin la educación moral debemos ser sus obreros. La moral tiene historicidad, la idealidad abstracta es histórica, no es la misma la moral de Platón que la ética contemporánea.

De allí deducimos que las utopías tienen su kronos, que las nuevas utopías no son «microutopías» como sostienen algunos pensadores actuales. No son de menor tamaño o cuantía, sino que aceptamos que tienen cronómetro, no se instalan repentinamente, como quisiera el pensamiento mágico, se construyen día a día. Solo que los hombres, a diferencia de las abejas, tenemos un proyecto, tenemos un ideal de sociedad. Como sostenía un filósofo, el peor arquitecto es mejor que la mejor abeja, dado que construye con un proyecto previo, él diseñó su edificio. En el camino encontrará dificultades, cometerá errores, se le caerán ladrillos, le tirarán la casa abajo y tendrá que volver a comenzar

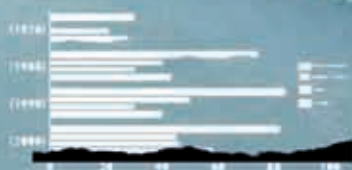
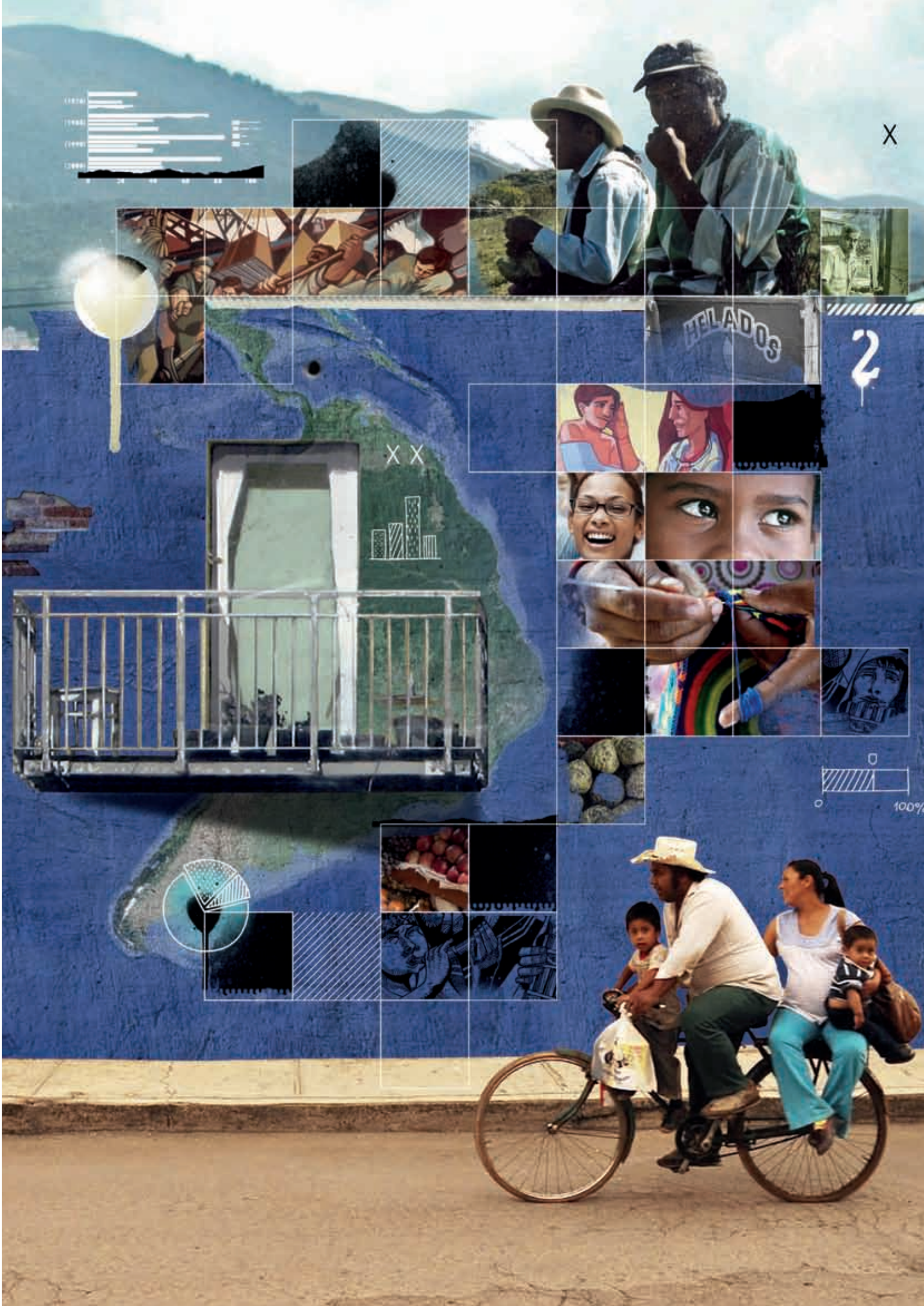
Es más que probable que no terminemos nuestra construcción, pero debemos poner algunos ladrillos que hagan realidad nuestro proyecto ideal. Lo que no podemos aceptar es la irrealidad de nuestros sueños, anhelos y esperanzas porque son inherentes a la existencia humana.

Siguiendo a Durkheim, sostenemos que: «es necesario abstenerse de negar la realidad moral dando como razón que la ciencia no puede explicarla» y le podríamos añadir que lo que hoy no existe, quizás mañana sea una realidad. La ciencia tampoco nos puede demostrar lo contrario. Las leyes científicas interpretan y demuestran modelos de regularidad en la naturaleza. Y si hay algo inherente y regular, siempre presente en la naturaleza humana, es el principio de esperanza, es el espíritu de la utopía. Manos a la obra, pues. Mañana, como todos los días, iremos al aula a enseñar la necesidad de construir nuestra Patria Grande como patria de la justicia.



BIBLIOGRAFÍA

- Arciniegas, G. (1974). *Este pueblo de América*, México: Hermes.
- Ardao, A. (1968). El historicismo y la filosofía americana. En Zea, L. (ed.). *Antología de la filosofía americana contemporánea*. México: Costa Amic.
- Cholvis, J. (2015). Constitución. Legalidad y legitimidad. Consultado el 8-4-2015, disponible en: <http://nacionalypopular.com/2015/12/07/constitucion-legalidad-y-legitimidad-en-tiempos-de-traspaso-del-poder/>
- Cepeda, Alfredo (seudónimo de Rodolfo Puiggrós) (1944). *Los utopistas*. Bs. As.: Burton, Robert (2000). *Anatomie de la melancolie*. Paris: Corti.
- Cioran, E. M. (1988). *Historia y Utopía*. Barcelona: TusQuets.
- Durkheim, E. (1997). *La educación moral*. Bs. As.: Losada.
- Kusch, R. (2008). *La negación en el pensamiento popular*. Buenos Aires: Las cuarenta.
- Goodman, Paul (1973). *Ensayos utópicos*. Barcelona: Península.
- Marechal, Leopoldo (1998). *Magafón o la guerra*. En *Obras Completas*. Bs. As.: Perfil.
- Sargent, L. T., et. al. (dir) (2000). *Utopie*. Paris: Bibliotheque Nationale de France.



X

2

X X

100%